

Del dicho al hecho

Ante la inminencia del cambio de administración en los Estados Unidos, el tema de las siempre complejas relaciones con América Latina ha rebrotado en ciertos medios políticos norteamericanos. Senadores y ex ministros, periodistas y expertos, comisiones oficiales y privadas, han manifestado su preocupación por una más justa actitud frente a los problemas de la región. Desde la enmienda Koch, que suspendió la ayuda militar de Estados Unidos a Uruguay, hasta el insistente reclamo de distintos sectores norteamericanos para que la administración Carter llegue a un rápido y equitativo acuerdo canalero con Panamá, tome medidas tendientes a normalizar las relaciones con Cuba, y suspenda la ayuda económica y militar a dictaduras que son tenaces violadoras de los derechos humanos, el tema de América Latina es inevitable en estos prolegómenos, más cargados de ilustres celos que de módicas esperanzas.

Aun quienes piensan, con bastante fundamento, que entre una administración demócrata y una republicana, nunca habrá abismales diferencias, pues es obvio que estarán unidas por el dogma capitalista, la discriminación racial y la ojeriza anticomunista. Aun esos incrédulos llegan a admitir que un nuevo gobierno implica necesariamente un cambio de rostro y quizá de estilo y ritmo políticos. Por supuesto, a la administración Carter habrá que juzgarla por los hechos que genere y no por los pronósticos que alienta, pero mientras tanto es razonable que se abra un paréntesis de expectativa; sobre todo porque si el nuevo

gobierno quisiera ser realmente un buen vecino, no tendría que romperse demasiado la cabeza para descubrir cuál puede ser la relación más justa entre la poderosa nación del norte y los países subdesarrollados al sur del Río Bravo. Con que el Departamento de Estado hiciera lo contrario de lo hecho hasta ahora, con sólo eso, ya América Latina respiraría aliviada.

Es de esperar que los asesores del señor Carter tengan una clara noción de que la conflictiva situación regional no va a solucionarse con meras palabras, sino con hechos innegables, rotundos. Hay palabras que suenan hace mucho en la vacua oratoria "panamericana", pero al menos en ese contexto se han gastado, han perdido eficacia. Para que volvamos a creer que los Estados Unidos están auténticamente preocupados por los derechos humanos, no alcanzará con suspender la ayuda militar a gobiernos que auspician la tortura. También habrá que cancelar el adiestramiento de torturadores en las academias norteamericanas de la Zona del Canal. Para que volvamos a creer que los Estados Unidos son fanáticamente respetuosos de la autodeterminación de los pueblos, la administración Carter debería empezar por restituir a Panamá la total soberanía de la zona canalera. Para que alguna vez creamos que el Departamento de Estado desea sinceramente normalizar sus relaciones con Cuba, tendría la administración Carter que acabar de una vez por todas con el bloqueo a la isla, y sobre todo ordenar a la CIA y las distintas organizacio-

nes de contrarrevolucionarios cubanos que suspendan sus atentados.

No es tan difícil, pues. La solución tiene un solo y clarísimo rumbo. Tras doscientos años de agresiones (sólo entre 1798 y 1945, las fuerzas armadas de Estados Unidos intervinieron nada menos que 76 veces en 18 países latinoamericanos) cualquier cambio positivo en la política norteamericana habrá de transitar un duro camino de desconfianzas, pero ese camino deberá tener bien delineado el respeto a los pueblos de América Latina.

No es inverosímil que existan en los Estados Unidos quienes distinguen con absoluta claridad dónde reside la clave de esta ardua relación, y que incluso estén dispuestos a admitir que América Latina ha sido víctima de una voracidad desmedida. Hasta el nivel del discurso, hasta el nivel del artículo o del informe los gobernantes norteamericanos pueden llegar a ser ágiles, abiertos, justos y comprensivos. Pero cuando el bello discurso debe transformarse en hechos, entonces algo falla, y las palabras quedan en palabras, o, lo que es más frecuente, en hechos que contradicen las palabras. Quizás ello se deba a que, en el momento decisivo, las grandes empresas monopolísticas y transnacionales retoman su papel autoritario e imponen su ley que inevitablemente es la del más fuerte. De lo contrario, ¿cómo se explica que, pocas semanas después de sancionada la Enmienda Koch, que de algún modo castiga al régimen militar de Uruguay, sean los propios Estados Unidos quienes presionen en el Banco Mundial hasta que éste resuelve, con

el voto contrario de los países escandinavos, conceder a Pinochet y su junta un jugoso crédito de 60 millones de dólares? A diferencia de algunas poderosas élites europeas que aprendieron a sobrevivir haciendo moderadas concesiones a los intereses populares, la dura oligarquía industrial norteamericana siempre ha manejado con soberbia su poder omnímodo. La inmisericordia, más que el aborro, es la base de su fortuna. Implacable como una mafia, inmovible como una computadora, esa oligarquía estima que América Latina y sus pueblos son sólo una fuente de dividendos y así los maneja.

En la reciente conferencia llamada Norte-Sur, celebrada entre países desarrollados y países en desarrollo los primeros fueron de algún modo portavoces de la gran banca internacional y de su oscura alarma ante la posibilidad de que algunos de los pequeños países dejen de pagar sus millonarias deudas, no por malos pagadores sino sencillamente porque no pueden más. Sería una lástima que la gran oligarquía norteamericana no entendiera que semejante alarma también podría ser la suya. América Latina está tocando fondo. Cuando el hambre vagaba por las calles, era dura, era cruel, pero siempre hallaba alguna forma elemental de vida y de continuidad. Pero cuando al hambre se le confina en un cepo, la alternativa es trágica: o muere, o rompe el cepo. La empresa es ardua, pero la historia enseña que cada vez que rompe el cepo, el hambre pasa a ser revolución.

(Exclusivo en México para El Día, Sección de 1977)

EL SOL DE MEXICO

Servicio Exclusivo

Dow Jones

INFLACION DE ARGENTINA PARA 1977

NUEVA YORK, 9 de enero (AP-Dow Jones).— El ministro de Finanzas de Argentina, Alfredo Martínez de Hovos, prometió que la inflación este año será menor al 130 por ciento.

Esta sería mala noticia en otras partes, pero en virtud de que los precios subieron en 320 por ciento en Argentina entre enero y noviembre, el anuncio merece ser alabado. El funcionario también prometió un superávit comercial, y una baja muy ligera en las reservas del Banco Central.

El año pasado Argentina pudo obtener un superávit modesto en el comercio y la cuenta de pagos.

Las exportaciones de carne de res y granos florecieron, y ya que el régimen militar prevé un aumento del 8 por ciento en la producción agrícola, pueden tener mejor desempeño este año.

Aparentemente las guerrillas urbanas no tienen gran efecto sobre la agricultura, que proporciona todavía la mayor riqueza de la nación.